

Conozco a Gómez Rojas

Por GONZALEZ VERA

Domingo por medio hacía turno hasta la noche; en el siguiente podía disponer de la tarde. Almorzaba de prisa e ibame al Centro de Estudios Sociales "Francisco Ferrer", cuyo salón estaba en calle Argomedo, calle apacible, habitada por gente de la clase media. Era paradójico que en tal ámbito se reuniera, semanalmente, un puñado de hombres dispuestos a desatar la revolución social.

La casa, amplia, constaba de dos patios. Antes la familia necesitaba mayor espacio, pero a fuerza de tener jaulas con pajaritos, ha terminado por aceptar viviendas inspiradas en aquéllas. En el primer patio, al lado derecho, en una gran sala desconchada, con bancos rústicos y dos estantes de libros al fondo, nos reuníamos.

Todos eran obreros. Un domingo vino el señor Juan Ballesteros Larrain, periodista porteño, con inquietud social. Leyó un largo trabajo sobre las carreras de caballos; empezó por decir que con esto no se fomenta la raza caballar, porque el caballo útil es el de montura o el que arrastra carretones.

Habló a continuación un joven delgado, bajo, moreno, de ojos brillantes y voz emotiva. Narró cómo, andando, había llegado a Mendoza. Era el poeta José Domingo Gómez Rojas. Aunque estaba a cinco metros de distancia del sitio que yo ocupaba, lo sentí tan lejos, tan inaccesible, como si hablara desde una colina y yo me hallase en la llanura. Espiritualmente, era verdad.

* * *

Alrededor de las nueve cerraba el lustrín y ciertas noches iba a la Avenida Matta. En la cuadra comprendida entre Arturo Prat y San Francisco existían varias cafeterías. Si nuestros recursos escaseaban, entrábamos a "Los Inmortales", pero a comienzos de mes éramos parroquianos de "La Andaluza". Iluminaba este café una mu-chacha de rostro muy lindo y cabellera reluciente.

Encontrábame allí con Gómez Rojas; con Arturo Zúñiga Qui-lodrán, joven de buen gusto, gran lector, que escribía con acierto y ya era un tallador notable, sin perjuicio de ser propenso al pesimismo y cultivar la más hermética modestia; solía aparecer Antonio Acevedo Hernández, entonces carpintero, de temperamento encen-dido y de una inmensa confianza en sí mismo. Una vez trajo una tabla cepillada, en la cual había escrito, con lápiz del oficio, un largo poema.

Gómez Rojas tenía, fuera de su cálida y extensa voz, el poder de amplificar cualquier concepto. Era elocuente. Nunca le faltaba un tema nuevo; jamás se mostraba decaído. Bastaba que dijera una frase para que su imaginación lo proveyese de cien o mil más. Estudiaba Castellano en el Instituto Pedagógico. Al ser interrogado en clase del profesor Ducoing, su respuesta duró toda la hora. En los mítines del Primero de Mayo hablaba hasta el atardecer. La lectura de ciertos autores hacía olvidar a los ya leídos y se enseñoreaba en su propia creación. Era contradictorio, muy inclinado a la paradoja y defendía las ideas más peregrinas para avivar o promover discusiones.

Por naturaleza era individualista, aristocrático y le habría gustado frecuentar todos los ambientes y ser amigo de las jóvenes más empujadas. A Nietzsche y Oscar Wilde sí que era fiel. Al ser, muchos años después, encarcelado, su actitud con el Juez Astorquiza fué en todo digna del gran inglés. Es cierto que le costó la vida.

Era generoso, jamás rebajó la valía ajena y afanábase en que sus amigos fuesen escritores o artistas. A todos les descubría vocación. Durante un paseo por las orillas del Mapocho, paseo que debía terminar en Avenida Matta, con algún misterio me aconsejó escribir. Por las observaciones que yo hacía, infería él que tenía condiciones literarias. Como pasáramos frente a una carretela, agregó:

—Aquí tienes esta carretela: su caballo, el carretelero, el chicle que le acompaña, todo hay que describirlo. Si el caballo anda, sus cascos producen sonidos. Debes reproducirlos. A la vez, el tiempo es fresco o caluroso, el cielo está limpio o nublado. El rostro del conductor acusa un estado de ánimo. Deberás captarlo y relacionar las circunstancias físicas y de cualquiera índole que le sirvan de marco. ¿Has leído "El hombre que sorbía su sopa", de Edgardo Garrido Merino? Hé ahí un cuento hecho con nada y, sin embargo, parece un cuadro, uno de esos cuadritos flamencos.

Anduvimos cinco horas. El hablaba y yo escuchaba embelesado. Sus palabras estimularon mi vanidad y en la noche me senté junto a la mesa del comedor, mientras la gente de mi casa reposaba, y escribí. ¿Qué escribí? De seguro algo muy ingenuo, una especie de introspección.

Para llenar las horas de la tarde, en que nadie acudía al Club, seguí escribiendo en una mesa de mármol aneja al lavatorio. El cuaderno, por inadvertencia mía, quedó abierto.

Entró don Carlos Frerou, traductor del Ministerio de Relaciones, que me daba conversación mientras lustraba su calzado. Esa vez, al lavarse las manos, miró la escritura y preguntó:

—¿Es tuyo?

—Sí, señor —fué mi imprudente respuesta. Don Carlos púsose serio y salió con el cuaderno, presuroso, camino del bar.

Volvió en seguida, emocionado, a decirme:

—Acompáñame...

—Y lo seguí.

Varios caballeros estaban allí.

—Este es el joven! —exclamó don Carlos y le pasó a uno el manuscrito. El aludido, fuera de mirarme con simpatía, expresó:

—Se conoce que usted tiene facilidad...

¿Qué respuesta cabía? Dí las gracias y torné a mi lustrín. Ahí aguardaba un cliente. Lustré sus zapatos como si estuviera tocando una sinfonía.

Durante una semana fui objeto de admiración.

Vino a lavarse el joven Pablo Ramírez, diputado, que era entonces el ídolo de la juventud radical. No sabría decir cuáles fueron sus palabras iniciales, pero sí las siguientes:

—Soy anarquista de la escuela de Reclus!

—Y, ¿por qué es diputado?

—Para enseñar a leer al pueblo.

Entró pronto otro parlamentario. Alguien debió decirle que, además de lustrador, era ... Me observó detenidamente y, como quien dona su caudal, me dijo:

—Yo te protegeré.

Pasaron unos días y me habló de conseguir para mí una beca en la Escuela Normal. Pudo haberse acordado a solas de su promesa y también es posible que ideara esto al verme de nuevo. Y, como no era muy locuaz, no volvió a decirme palabra alguna en el resto de su vida. A diario acudía a jugar ajedrez.

Todo pasa, por ventura. Cobró interés otro asunto y quedé olvidado, menos por un ancianito de macfarlán que aludía día tras día a mis escritos:

—Supongo que luego nos darás a conocer la primera entrega de tu... ¿novela o tratado? Es posible que me sume a tus sub-criptores.

Parecía un gran ratón incorporado a la civilización cristiana. Era profesor de universidad y no perdía un solo instante su aire zoológico y cauto. Fuera de serme repelente, inspirábame algún temor porque se me puso que podía recuperar su condición ratonil. Si así ocurría, ¿cuál era mi deber? Darle garrote y aplastarle. Y esta idea me preocupaba.

(De "Babel")